

DON QUIJOTE

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA. PERO NO SE VENDE

Redacción y Administración: Luisa Fernanda, 13, Madrid.

Fundador: EDUARDO SOJO

SE PUBLICA LOS VIERNES

Al maestro inmortal.

En el primer aniversario de la muerte de Pi y Margall, su venerable y gloriosa figura se levanta más viva, más eternamente grandiosa.

La decadencia miserable del adversario es el mayor homenaje que puede ofrecerse al gran hombre. Caídos en el lodo, sílabos y escarnecidos por el país, perecen los que ayer insultaban al ilustre, al heroico Pi y Margall. Faltan hombres que le substituyan. Con los despojos de su mortaja, con los restos de su cuerpo, con las reliquias de su venerable memoria, haremos una generación que luche y triunfe. Nuevo Cid, vence después de muerto.

RODRIGO SORIANO

OTRA CAMISA

Ni el título de esta crónica es mío, ni lo es tampoco la idea en que la crónica se inspira. Ambos me han sido proporcionados por una mujer. Escribo mujer, y no dama, porque damas se encuentran en todas partes, hasta en los repartos de bastidores, y mujeres, verdaderamente mujeres, no son tan fáciles de encontrar.

Esta mujer, digna, para mí y cuantos la tratan, del mayor respeto, discurría anoche con cuatro ó seis personas sobre la triste situación que España atraviesa y los remedios que, á fin de mejorarla ó resistirla, ofrecen los prohombres de los partidos militantes en oraciones, artículos, programas y demás artefactos de la sanidad política al uso.

Optaban éstos por Fulánez, aquéllos por Mengáñez, por Perengáñez unos, por X... otros y por Z... los de más allá. —No, no!—decía el paladin de X... —No me hablen ustedes de Z...! El hombre que hizo tal cosa en tal año, y tal otra en tal otro, no puede salvar el país. —Lo salvará X...!—exclamaba el propagandista de Z... —Valiente apoyo para sostener el desvenecamiento patrio! ¿No se acuerda usted de su paso por la presidencia del Consejo en...? (Aquella fecha.) X...! Antes el cólera. —Lo mismo decía de Mengáñez el defensor de Fuláñez, y de Fuláñez el de Perengáñez, y de Perengáñez el de Fuláñez... Lo mismo decían, y lo malo era que á ninguno le faltaba razón. Cuál más, cuál menos, censuraba con justicia á sus adversarios, y las censuras no podían negarse; se trataba de sujetos que habían ejercido el poder, no una, veinte veces; sujetos, conocidos de atrás por sus actos, por sus teorías, por sus descabros... de PROHOMBRES, vamos. ¿Qué quiere decir PROHOMBRES! Pues de eso.

Oía la dueña de la casa en silencio tan encontrados pareceres, hasta que, aprovechando una pausa y sonriendo con malicia, exclamó:

—También tengo mis opiniones á propósito del asunto; opiniones de mujer, claro, y por consiguiente, despreciables; pero, en fin, valgan por lo que valgan, allá van.

Francamente, yo siempre estimé la opinión de las mujeres en mucho, y en más aún desde que, infiltrándose, como ahora parece ocurrir, el feminismo en los hombres, resulta lógico, por una ley de compensación, que se infiltre el masculino en las hembras. En consecuencia de este mi parecer, me dispuse á oír recogidamente el de aquella señora; al juicio imparcial de mis lectores lo someto:

—Más que una opinión—dijo—es un *sucedido* lo que van á escuchar ustedes. Respondo de su autenticidad:

«Tenía yo una amiga, mejor, una de esas ciento á quienes llamamos amigas porque visitamos su casa para murmurar de ellas, como ellas visitan la nuestra con el mismo objeto. Menos mal cuando estas amistades se llevan de casa un chisme que correr y no se llevan un afecto que destruir.

«Tenía yo una amiga—repito—la cual ocupaba, cuando la conocí, posición excelente, y á quien vaivenes de fortuna trajeron á un deplorable estado social y económico. «Pobrecilla!...» Pena daba mirarla y á compasión me indujeron multitud de veces sus desventuras!... Pero no es este el caso.

«El caso es que á mi amiga le restaba de sus pasados esplendores una sola prenda, prenda riquísima en otras épocas, caricatura dolorosa de

lo que fué en aquella á que me refiero. Cuantas camisas (de mujer, naturalmente) he visto, no pueden competir con la de autos, ni en lo finísimo de la trama que la componía, ni en lo primoroso de los bordados que la repujaban, ni en la finura de los encajes que se desbordaban por ella, ni en la riqueza de las cintas de color de fuego que se ruborizaban sobre el descote que pudorosamente escondían. Era la predilecta de mi amiga; regalo de boda, fújoso trofeo del que no quiso desprenderse ni el día en que la ruina llamó á las puertas de su hogar con voz perentoria.

«No había manera de que abandonase aquella camisa. Cuando las necesidades del aseo le obligaban á quitársela, era para mi amiga cuestión de dos horas lavarla, plancharla y volvérsela á poner sobre el cuerpo. Su pobreza, resignada á perderlo todo, no se mostraba dispuesta á abandonar aquello. Y, claro, en fuerza de lavarla, de codearla con el uso, que todo lo gasta y destruye, la trama de la camisa comenzó á aclarar, los bordados se fueron desfilachando poco á poco, los encajes haciéndose jirones, las cintas perdiendo su vivo color y su brillante satinado... Y mi amiga, en su terco empeño de que la camisa durara siempre, quitaba un encaje de este sitio para ponerlo en otro, replanchaba las cintas, tijereteaba en los bordados para rapar las deshilachaduras y zurcía la tela para esconder los aún imperceptibles rotos; perdía la mitad de su tiempo, que para otras cosas necesitaba, en esta faena, y hasta se erguía orgullosa en su lecho para contemplar su presea, reflejada por un espejo de mano, que hacía veces de tocador sobre la mesilla de noche.

«Mas ¡ay! que si su faena era cada día más larga, era también cada día más infructuosa. Llegó un momento en que la plancha no pudo convertir en cintas hilachos retorcidos, en que los bordados se convirtieron en líneas blancuzcas y deformes, los encajes en colgantes pingosos, y la batista, harta de descubrir la trama con púdica miseria, se declaró jirón insolente.

«No para adornarla, ni para cubrirla servía ya aquel lienzo podrido, debajo del cual iustaban en invierno, amoratándose al contacto del frío, las carnes de mi amiga.

«¡Ay, Dios mío, Dios mío!—exclamaba ésta una mañana en que fui yo á verla, contemplando con angustia el pingo que tenía sobre las rodillas.—¿Cómo arreglarla!... ¿En qué forma colocar los encajes para que disimulen su vejez, y las cintas para que lo parezcan, y los remiendos para que no se noten? ¿Qué hago con ellos? ¿Qué hago?...» gritó dirigiéndose á mí.

«Mira—le dije—, que pongas los encajes donde están las cintas, y las cintas donde están los encajes; que remiendes así ó así; que hagas lo que hagas, todo será inútil. Esa camisa está ya muy vieja: el uso la ha dejado fuera de combate. Se acabó. Tirala y cómprate otra. ¿No puede ser rica? Que sea nueva. ¿No puede ser de batista? Que sea de *retor*. La cuestión es que sea fuerte, porque el invierno es crudo.

«Pues bien, señores—añadió la autora de mi crónica—; los personajes á quienes ustedes defienden son como los bordados, y los encajes, y las cintas, y la batista de la camisa de mi amiga; valieron mucho; tuvieron su época; pero ya están inútiles por el uso y por el abuso. La camisa no sirve; hay que tirarla y ponerse otra.

«Peor que la vieja no ha de ser.»

JOAQUÍN DICENTA

EL REY HERODES

I

«Cubierto el pecho del sonante hierro
y el acero desnudo en nuestras manos,
»bajamos, como negros segadores,
»al campo de la Vida.

»Bajamos á arrancar lo que se extiende
»con la gran libertad que da la Tierra:
»los niños sanos, las ideas jóvenes
»que hacen temblar de nuestro rey el trono.

»¡Nos han pagado bien!—Será preciso
»que, agradecidos, la matanza hagamos;
»que destrocemos nuestros hijos propios,
»nuestros deseos mismos!

»Será preciso que las nuevas mieses,
»que los arbustos nuevos sacrifiquen

»su pompa rica y su verdura intensa
»ante el idolo viejo del palacio!

»Con la siniestra risa de los alías
»en que recibe sobre el rego lecho
»á una nueva mujer, nos ha entregado
»su cincelada copa:
»¡Tenedla—dijo—es patrimonio sólo
»de aquel de entre vosotros que la traiga
»colmada de la sangre del fingido
»y echando espuma roja por los bordes!

»Empiece la matanza! que los niños
»mueran sobre el regazo de sus madres,
»sin más delito que su sangre joven!
»¡Que sus ojos se cierren!
»¡que, violentamente, las estrellas
»arrancadas del cielo, se desplomen
»y, al apagarse en el sangriento lago,
»que un vapor negro lo obscurezca todo!

»¡Quede el jardín sin flores! Enmudezcan
»las hirvientes nidadas de los árboles!...
»Que el sapo es enemigo de las rosas
»y Herodes de los niños.—
»¡Séquense en sus comienzos los torrentes
»que amenazan la nave carcomida!
»Expien los cachorros que mañana
»esgrimirán uñas de leones!»

II

—Y los siniestros segadores llenan
los hogares de sangre. Con los pechos
salpicados de púrpura, recorren
las plazas las mujeres,
y los pequeños, perseguidos, huyen,
tendiendo los bracitos vigorosos
á la radiante vida que se escapa
—al rojo fruto que han mordido apenas.

«Adiós, pero no adiós, jóvenes hijos!
«Adiós, pero no adiós, libres ideas!
Que en el mar siguen á las olas muertas
las olas que se forman;
que vuestras madres se eclarán en brazos
de los esposos fuertes; que han sonado
las horas del Amor.—Y el Amor grande,
el que hace hermanos á los hombres todos
va á levantarse contra el viejo Herodes.

E. MARQUINA

IDEAS

FRAGMENTO

—«Estás siempre seguro de distinguir el bien del mal? No te los confunden nunca las ideas y los sentimientos de los demás, las creencias que de los labios de tu madre recogiste, las contradicciones de tu propio entendimiento?

«Por falsas ideas de honor va el hombre al duelo y al suicidio, mata la mujer en su seno al hijo del estupro y arma la nación su brazo contra el extranjero. Por falsas ideas de gloria recorre el conquistador la tierra llevando en la grupa á la muerte. Por la falsa economía que entre nosotros reina, encarecemos á porfía los servicios que prestamos, y vendemos á precios fabulosos los dones que graciosamente recibimos de la naturaleza. Merced á la general costumbre, buscamos ya sin repugnancia el lucro en estériles campos, en la pobreza de nuestros semejantes, y en los mismos azotes que de vez en cuando nos afligen. Tú, noble, miras aún con desdén al de baja cuna y apenas te atreves á pisar los umbrales de la casa del pobre. Ni miras tampoco con el mismo amor al judío que al cristiano, al hombre salvaje que al hombre culto, al negro de Africa que al blanco de Europa.

«Te acercas de día en día á la libertad, porque de día en día vas venciendo tus preocupaciones sociales; tardarás en conseguirla.

—«¿Cómo! ¿cambia también á tu juicio la ley moral? ¿No es la misma en todos los tiempos y en todos los pueblos?

—«Nada hay en nosotros que no esté sujeto á mudanza. Nuestra ley moral no pudo ser la de los pueblos antropófagos, ni la de los que rociaron con sangre las aras de sus dioses, ni la de los que admitieron la esclavitud por base de vida y de riqueza, ni la de los que concedieron al padre sobre el hijo el derecho de vida y muerte. Tu conciencia ¿cómo ha de ser nunca igual á la del

bárbaro asesino que mata por matar y se complace en el espanto y el estertor de sus víctimas, ni á la del infame que goza destruyendo la paz de las familias y siembra por donde quiera que pasa la discordia, ni á la del padre ó la madre que prostituyen el cuerpo de sus hijas?

En el hombre y en la humanidad la conciencia se va formando y desenvolviendo como las demás facultades del espíritu. Cambia, ó por lo menos se modifica la ley moral con las diversas fases de ese desarrollo.

—«¿Quién es entonces responsable de sus actos? —«Calla, calla. No suscites hoy por hoy tan obscuro problema. El mundo moral se abisma ante mis ojos.

F. PÍ Y MARGALL

LAS CUNAS FRÍAS

Un niño sin pan.

Venid aquí, filósofos, sociólogos, políticos, filántropos. Hay un niño sin pan. Y es rubio, sonrosado, inteligente, hermoso. Venid. Hay un niño sin pan. Su cuna está fría. Vosotros, los que habéis calentado las gradas del trono, las losas del templo, los entarimados de los palacios, calentad esa cuna.

No es lícito á los hombres convertirla en sepulcro. Puede ser un recuerdo la vejez, pero la infancia es una promesa. Sileno debe llevar en hombros el porvenir. Cada ser tiene preparado su sustento en la tierra, ubérrima y fecunda para todos. Cada árbol tiene un fruto; cada pájaro, un nido, todo reptil una guarida, y su cueva todo chacal. Para ese niño debe haber alimento y abrigo. ¿Quién es de entre vosotros el usurpador?

«No tiene madre?—interrogáis—. La tiene ó no. ¿Qué importa? Si es huérfano, ¿por qué le abandonáis? Si hay quien puede estrecharle en su regazo, ¿qué crimen no es el vuestro cuando priváis del derecho á la vida al hijo y á la madre?

Cada siglo debe llevar su nombre. Hubo el siglo de la Reforma, como hubo otro de la Revolución. Este siglo en que sufre la mujer y perece el niño debe llamarse, para vergüenza vuestra, el siglo de la escrófula y de las enfermedades de la matriz.

«La limosna? Es insuficiente. Es la reparación de solo un día, es la condenación de la humana actividad, humilla y abochorna. Se socorre á los hombres para dominarlos. También Epafrodita daba pan á su Epícteto, y César á Vercingetorix. Junto al plinto de la caridad hay siempre un esclavo. Al buey se le alimenta, al caballo se le mantiene. Sólo al hombre se le reconoce el derecho, se le da lo que es justo, sin llamar á la justicia merced.

Y además, ¿es que no lo sabéis? Hay 500.000 niños que sucumben de frío y de anemia, y que no caben en vuestros asilos inmundos. Hay un millón de madres que arrastran sus andrajos implorando misericordia. Hay seis millones de campesinos y de obreros que preguntan dónde está la justicia social.

«Proyectos! El hambre no da espera. ¡Consueños! No los hay para el despojado. ¡Creencias! No hay creencia sublime cuando consagra la iniquidad.

«No encontráis el remedio? ¿Cómo habéis de encontrarle? Habéis hecho al capital productivo y al trabajo infecundo. No concebís Estado sin impuesto, dueño de su propia riqueza. No imagináis derecho sin fuerza, sustentado por el interés de los más. Encarecéis el pan para sostener clérigos y caudillos; favorecéis la competencia injusta; os repartís la tierra y sus frutos. ¡Y queréis encontrar el remedio! No lo hallaréis. Pero entendedlo bien. Esas cunas no pueden estar frías. Todo aquel que posee injustamente, que no produce, que no crea, sentirá pronto ó tarde el frío de la propia maldad en el corazón.

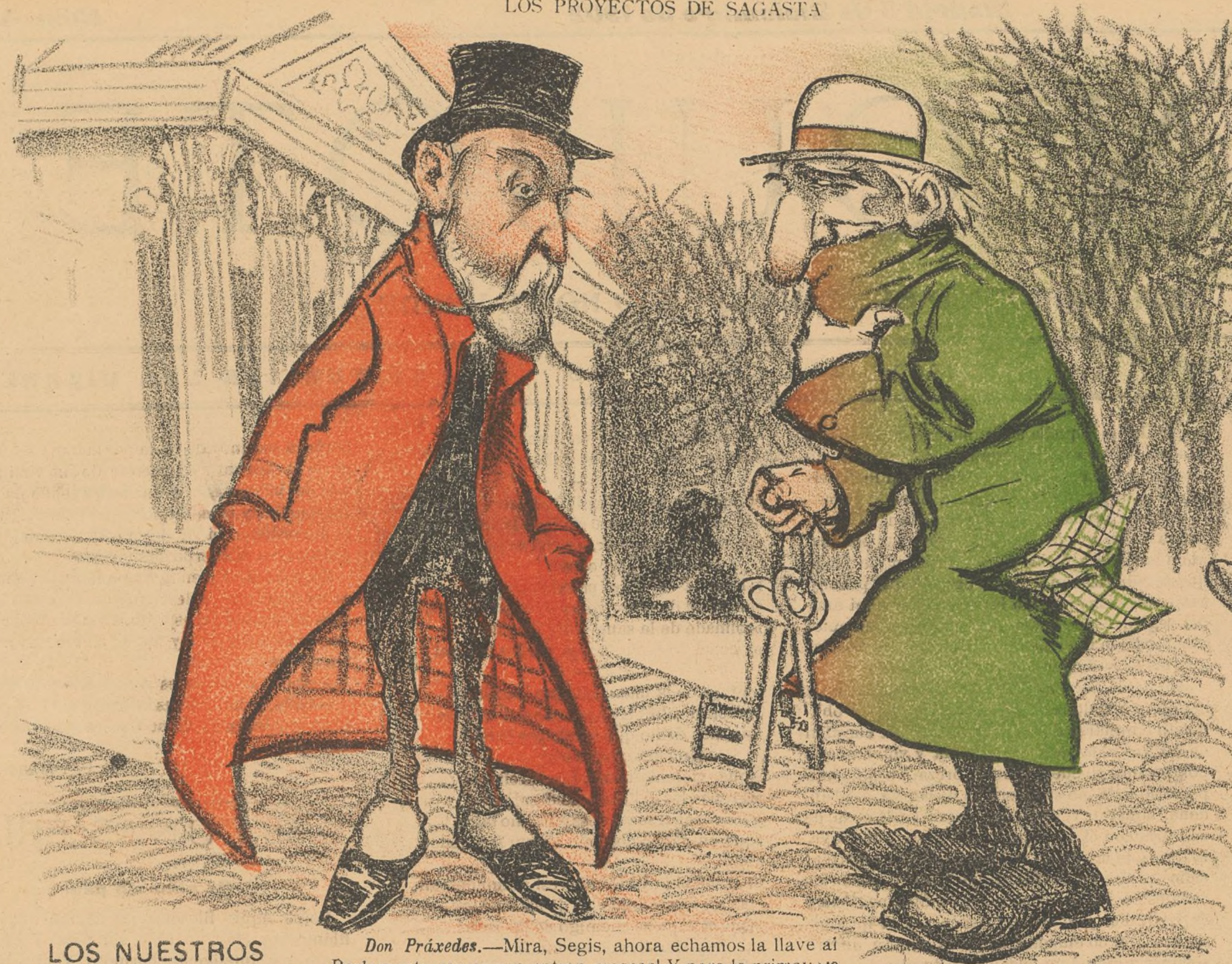
«¡Ceguera!—respondéis—. Pasó aquel tiempo en que de algo servían las declamaciones románticas. Ciegos son los que cantan las grandes amarguras. Troya tuvo un Homero. Eva un Milton. La humanidad que sufre tiene ya muchos ciegos; ellos buscan la luz, y la encontrarán.

Las cunas están frías. No seguemos el tallo sin espiga, la flor en capullo, el fruto en promesa. Cuando sucumbe un niño, la naturaleza parece que se niega á sí misma; cuando muere ese niño

DON QUIJOTE

HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID

LOS PROYECTOS DE SAGASTA



LOS NUESTROS

Don Práxedes.—Mira, Segis, ahora echamos la llave al Parlamento, y que nos entren moscas! Y para la primavera, cuando vengan las lilas... te prometo cederte la jefatura.
Don Segis. (Aparte.)—¡Si tan largo me lo fia...!



La cogida de Veraguas.



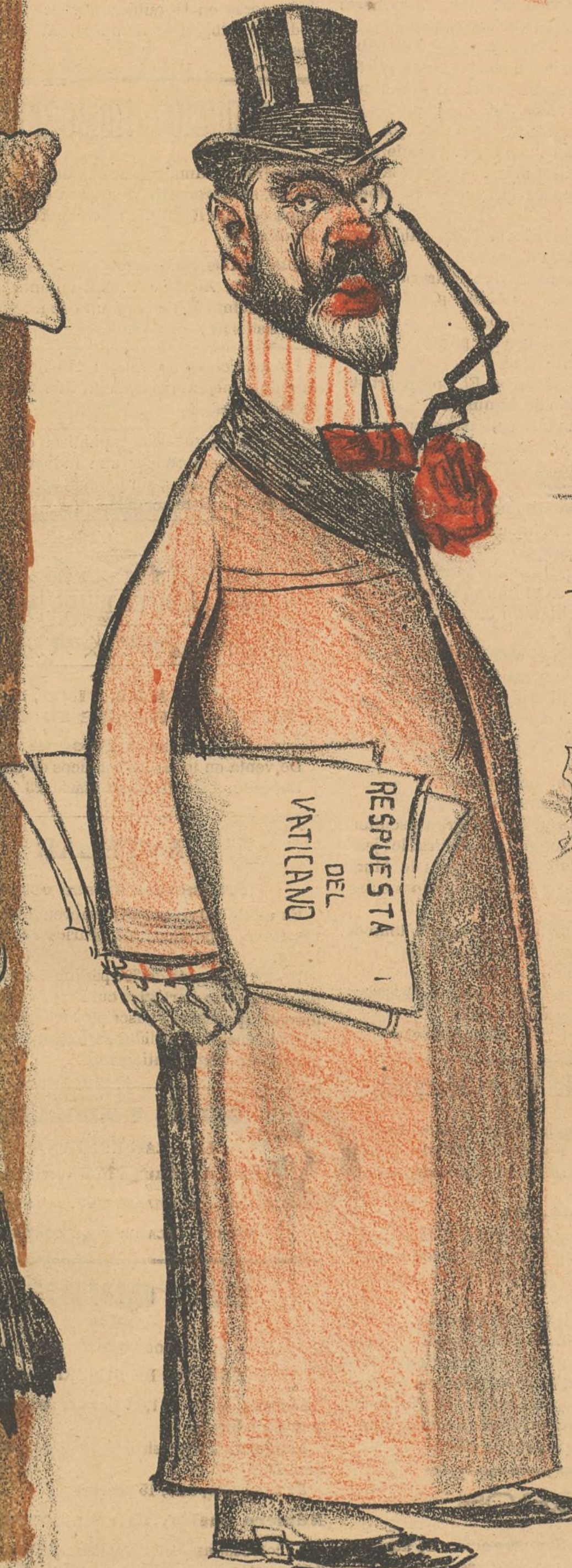
LA NOTA DEL VATICANO

¡Ladrido de los perros a la luna!

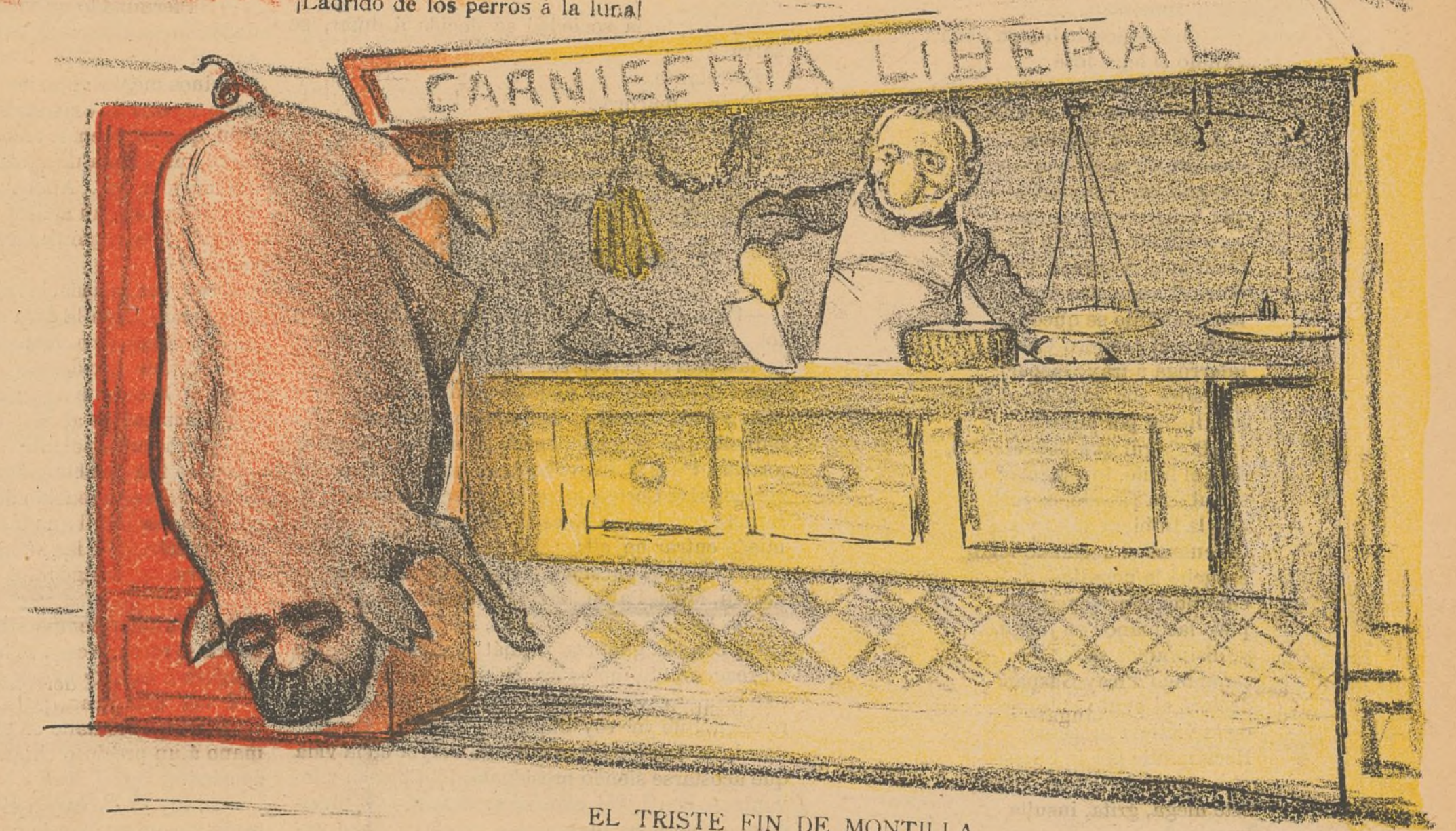


MANUEL DE LLANO PERSI

Romanones.—¡Me parece que he metido la izquierda!



Almodovar.—¡Pues señor, hemos quedado lucidos! La curia romana contesta á nuestras reclamaciones ¡que Rampollas en vinagre!



EL MATRIMONIO MAURA-SILVEIRA



¡Hagan el favor, por caridad, de darles el poder á estos pobrecitos recién casados!

por falta de sustento, la que se niega es la sociedad. No envenenéis las fuentes de la vida, pues que habéis de beber de sus aguas. Respetad, so-
corred á esos niños... ó temed que os maldigan los vuestros.

ANTONIO ZOZAYA

A BUEN FRAILE MEJOR LEGO

Salieron con gran sosiego una mañana á pasear por el campo fray Gaspar y el hermano José, lego, cuando, azorada, perdida y hacia ellos directamente vieron venir de repente una liebre perseguida.

Pasó el animal apriesa, pero, fray Gaspar ligero echó la mano certero y se quedó con la presa.

Contemplan embelesados los dos la imprevista caza, mírala con gran cachaza fray Gaspar por todos lados, y de esta suerte exclamó con intención singular:

—«Qué bien vamos á cenar... particularmente, yo!»

Y un suspiro de honda pena exhaló el lego José, pues comprendió al punto, que no iba á haber liebre en su cena.

A volver se disponían cuando, en jacos corredores asoman tres cazadores que la liebre perseguían, y en cuanto el fraile los vió, ocultando el animal entre el cumplido sayal, tan tranquilo se quedó.

Llega el primero y así interroga á fray Gaspar:

—«Padre, ¿ha visto usted pasar una liebre por aquí?»

—«¿Por aquí una liebre?... No, dice el fraile, lo aseguro; si hubiera pasado, es juro que la hubiera visto yo.»

En cuanto el hermano lego escuchó la negativa, con intención vengativa puso las manos en juego, y, disimuladamente señalando á fray Gaspar, declaró al punto el lugar de la víctima inocente.

Reclámanle por la buena al buen fraile lo que oculta, éste niega, grita, insulta queriendo salvar la cena, y, en cuanto los cazadores, que eran tres mozos de acción y de mala condición para actos conciliadores, vieron del fraile el enojo y, que en actitud bravía declaraba que daría antes que la liebre, un ojo, se apean ligeros, atrapan al furtivo cazador, le zurrán á su sabor, rescatan, montan, escapan y tierra dejan mordiendo al misero fray Gaspar, que no deja de gritar renegando y maldiciendo.

Se acerca á su superior el lego con gran tristeza, llega, inclina la cabeza y con profundo dolor así dice el buen José al fraile desventurado:

—«¿Qué paliza nos han dado... particularmente á usted?»

Se acerca á su superior el lego con gran tristeza, llega, inclina la cabeza y con profundo dolor así dice el buen José al fraile desventurado:

—«¿Qué paliza nos han dado... particularmente á usted?»

Se acerca á su superior el lego con gran tristeza, llega, inclina la cabeza y con profundo dolor así dice el buen José al fraile desventurado:

—«¿Qué paliza nos han dado... particularmente á usted?»

Se acerca á su superior el lego con gran tristeza, llega, inclina la cabeza y con profundo dolor así dice el buen José al fraile desventurado:

—«¿Qué paliza nos han dado... particularmente á usted?»

Se acerca á su superior el lego con gran tristeza, llega, inclina la cabeza y con profundo dolor así dice el buen José al fraile desventurado:

—«¿Qué paliza nos han dado... particularmente á usted?»

Se acerca á su superior el lego con gran tristeza, llega, inclina la cabeza y con profundo dolor así dice el buen José al fraile desventurado:

—«¿Qué paliza nos han dado... particularmente á usted?»

legisla con tanta ignorancia ó con tanta ligereza.

Una tarde fui á la Cárcel Modelo para visitar á Lerroux; equivoqué la celda, y me hallé en una ocupada por un jorobadito.

Este amable sujeto rectificó mi dirección, y cuando llegué á la celda buscada, ya estaba en ella el jorobadito con Lerroux y con Palomero.

Aquél lisiado ha muerto, y se llamaba Adolfo Luna.

De aquella cárcel salió Lerroux para ser una de las más hermosas figuras de nuestra juventud y de nuestra democracia. De allí salió Luna para vivir tristemente un poquito más y morir pronto.

El acero de Lerroux rechaza con mayor fuerza cuanto más se le oprime. Luna era una sensitiva: se doblaba y se moría.

Crucificar al Nazareno fué una imprevisión política de aquel huero Caifás; abofetear á María hubiera sido...

Y yo, que quiero mucho á Lerroux y que apenas traté á Luna, digo que estas sociedades no se salvan con el acero, sino con el amor.

La humanidad ha tenido caudillos tan valientes como Lerroux, y ha sido siempre desgraciada; cuando tiene un hombre como Luna, que es todo amor y bondad, ó le mata, ó le deja morir.

El día que la sociedad se decida á amar, se salva.

Entretanto...
¡Pobres mártires!
¡Pobre Luna!

SILVERIO LANZA

LA ÚLTIMA NOCHE MINISTERIAL DE DON PRÁXEDOS O ¡QUÉ ILUSIONES, AMIGO!

—Pues sí, amigo D. Segis, una vez aprobados los proyectos fijando las fuerzas de mar y tierra, echaremos el cerrojozo... Perdóne usted, quiere usted rascarme un poquito aquí en la espalda?

Más arriba... Ahí... ahí mismo. Debe ser una chinche que me ha pegado Montilla... Muchas gracias. Pues sí, el porvenir es nuestro. Una vez cerradas las Cortes, ¡que nos entren moscas!

¡Caramba, qué fría debe estar la cama! Casi me da miedo entrar en ella. ¡A la una, á las dos, á las tres! Lo que le decía á usted, está completamente helada. Mira, Pablo, hazme el favor de calentarme los pies. Y usted, D. Segis, fróteme bien la espalda con esa gamuza. ¡Ajá! ¡Ya voy entrando en reacción! Si me oyera Necedal haría un chiste á propósito de eso de la reacción. Bueno, quiero decir que ya voy entrando en calor. Créame usted, D. Segis, no hay felicidad mayor en la vida que acostarse siendo presidente del Consejo y levantarse con igual categoría. El cargo de presidente debiera ser inamovible, ¡no le parece á usted?

Por más que hago, yo no me acostumbro á la vida de la oposición. Yo he nacido para ser poder, para mandar siempre. ¡Por eso le tengo una rabia á Silvela...! ¡Qué hambrón es ese hombre! ¿verdad? ¡Siempre disputándose la posesión del presupuesto! En fin, no quiero pensar en cosas desagradables que me quitarían el sueño. ¡Han mirado ustedes debajo de la cama no sea que se haya ocultado ahí Amós para molestarme reclamándose sus derechos pasivos? ¿Que no hay nadie? Esa noticia me tranquiliza. Mire usted, don Segis, hágame usted el favor de bajar un poco la luz á ver si así concilio más pronto el sueño. Así, así está bien. Y no tenga usted el menor cuidado para lo porvenir. Dentro de unos días echaremos el cerrojozo. Y lo menos hasta Abril ó Mayo no llaman á los conservadores. Y des pues... después... Ya sabe usted que soy hombre de palabra, con perdón de Romero, y que la jefatura del partido es para usted, y para nadie más que para usted... ¡Y que rabie Canalejas! Vaya, buenas noches. Descansen. Hasta mañana, Pablito. Adiós, D. Segis. Y lo dicho, dicho.

—Si, soy yo, Alvarez, el escultor. ¡Ah! Te extraña verme tan gordo y sanote. ¿Qué quieres, chico, la buena vida! El arte me mataba... Ahora, ya ves, estoy fuerte como un roble.

Y sonriéndose, con voz que hacía temblar la emoción:

—Voy á enseñarte mi mejor obra. Agarró el pequeño en brazos.

—Mi hijo... ¡Ya ves que soy un gran escultor! Era aquel niño, en verdad, un admirable ejemplar humano. Recordaba á los ángeles de Murillo. Tenía el pelo rubio y rizado y los ojos azules. Reía...

—Si, amigo mío—añadió Alvarez con tono de triunfo—la Naturaleza es superior al Arte. Y besando á su hijo en los ojos:

—¡A ver si hay ahora quien se atreva á asegurar que yo no soy un gran artista!

MIGUEL SAWA

Un retrato de Pi y Margall.

Hemos recibido un hermoso retrato de Pi y Margall, hecho en la Fotografía Modelo, Olózaga, 12, en el que se inserta la siguiente sentida leyenda:

1824-1901.

«Trabajador infatigable, literato, filósofo, político y estadista. Ocupó los más preeminentes puestos y vivió pobre. Fué jefe de un partido y maestro de una escuela. Amó la verdad y luchó por sus fueros. El universo era su patria, la humanidad su familia. Murió á los setenta y siete años, joven de corazón y de entendimiento. Recordadle los que le amabais. Respetad su memoria todos é imitad todos su ejemplo. El triunfo de sus ideales restablecerá un día la paz en el mundo—Madrid 29 de Noviembre de 1902.

LIBROS

La casa editorial de Sempere acaba de aumentar su colección de *Libros populares*: con dos volúmenes interesantes, que de seguro serán del gusto del público.

Uno es *El amor, las mujeres y la muerte*, del famoso filósofo alemán Arturo Schopenhauer. Conocido es el pesimismo de este ilustre pensa-

Melones, ó la de cualquier otro «señor» de la misma prosapia!

Se fué Sagasta, y, según todas las probabilidades, vendrá Silvela.

Ya hemos derribado al uno; ahora preparémonos á derribar al otro.

UN GRAN ARTISTA

Tiró el buril al suelo con ademán de loca desesperación, y dirigiéndose á la modelo, que continuaba aún de pie sobre la plataforma:

—Hemos terminado por hoy. Puedes retirarte.

La muchacha no se hizo repetir la orden, y corriendo á saltitos como los pájaros, el pelo suelto sobre la desnuda espalda, fuése á vestir detrás de un biombo, muy satisfecha con aquella determinación del maestro.

—Bueno, pues hasta mañana. Tempranito, ¿eh? Eran las siete de la tarde y comenzaba á faltar luz en el estudio.

El pobre artista quedóse unos momentos parado delante de su obra, y golpeándose la cabeza con rabia, los ojos llenos de lágrimas:

—Decididamente yo no puedo decir como Andrés Chenier: «¡Aquí hay algo!»

Después, algo más tranquilo:

—Ha terminado mi vida artística. Estoy harto de luchar inútilmente. Me he convencido de que soy un pobre diablo. Y en el arte no debe haber términos medios: ó todo ó nada. No creas que me hallo en una de esas malas horas de desanimación, que padecemos todos. Estoy tranquilo y sereno. Antes tenía una venda sobre los ojos que me impedía ver... Ahora veo claro. No quiero ser un cualquiera, un artista más... ¡Aspiro á la gloria! Y ya ves qué desgracia, ¡tengo la cabeza vacía!

Y con voz irridada, los ojos febriles, pálido, convulsionado, llena la cara de gestos:

—No tengo otro remedio sino retirarme á la vida privada. Me declaro vencido. ¡Qué diablo, todos no hemos de nacer genios!

Y amenazando al cielo con los puños:

—¡Pero ser impotente!

No me fue posible calmarle. El pobre artista estaba bien convencido de su nulidad.

—¡Bah! es inútil que trates de engañarme. Y apretándome las manos nerviosamente:

—¡Gracias, amigo mío!

—Pasó mucho tiempo sin que volviese á ver al pobre Alvarez. Acaso se habría marchado al extranjero á ocultar su derrota.

Y fué una gran satisfacción para mí el día aquel en que lo hallé en el Retiro, llevando de la mano á un precioso chiquitín de unos tres años de edad.

—Si, soy yo, Alvarez, el escultor. ¡Ah! Te extraña verme tan gordo y sanote. ¿Qué quieres, chico, la buena vida! El arte me mataba... Ahora, ya ves, estoy fuerte como un roble.

Y sonriéndose, con voz que hacía temblar la emoción:

—Voy á enseñarte mi mejor obra. Agarró el pequeño en brazos.

—Mi hijo... ¡Ya ves que soy un gran escultor! Era aquel niño, en verdad, un admirable ejemplar humano. Recordaba á los ángeles de Murillo. Tenía el pelo rubio y rizado y los ojos azules. Reía...

—Si, amigo mío—añadió Alvarez con tono de triunfo—la Naturaleza es superior al Arte. Y besando á su hijo en los ojos:

—¡A ver si hay ahora quien se atreva á asegurar que yo no soy un gran artista!

MIGUEL SAWA

Un retrato de Pi y Margall.

Hemos recibido un hermoso retrato de Pi y Margall, hecho en la Fotografía Modelo, Olózaga, 12, en el que se inserta la siguiente sentida leyenda:

1824-1901.

«Trabajador infatigable, literato, filósofo, político y estadista. Ocupó los más preeminentes puestos y vivió pobre. Fué jefe de un partido y maestro de una escuela. Amó la verdad y luchó por sus fueros. El universo era su patria, la humanidad su familia. Murió á los setenta y siete años, joven de corazón y de entendimiento. Recordadle los que le amabais. Respetad su memoria todos é imitad todos su ejemplo. El triunfo de sus ideales restablecerá un día la paz en el mundo—Madrid 29 de Noviembre de 1902.

LIBROS

La casa editorial de Sempere acaba de aumentar su colección de *Libros populares*: con dos volúmenes interesantes, que de seguro serán del gusto del público.

Uno es *El amor, las mujeres y la muerte*, del famoso filósofo alemán Arturo Schopenhauer. Conocido es el pesimismo de este ilustre pensa-

dor malhumorado, que ve siempre negro el espectáculo de la vida y considera el suicidio como el mejor remedio para librarse de las miserias, ridiculeces y ferocidades en que vive la humanidad.

Ningún escritor en el mundo ha osado decir sobre las mujeres cosas tan crueles y tan chuscas al mismo tiempo: y algunas de sus afirmaciones, en fuerza de ser originales, resultan graciosísimas y hacen de este libro de filosofía una obra amena que instruye y entretiene á la par.

El otro libro es *Un viaje por España*, de Teófilo Gautier, el artista mágico, el más colorista de los escritores. Habituaos como estamos á las mentiras y exageraciones de los extranjeros que visitan nuestro país, hay que reconocer que este libro de Gautier es el viaje más sincero, exacto y verídico que se ha escrito sobre España.

El antiguo Madrid, con sus motines y sus grandes corridas reales; Andalucía, con sus costumbres poéticas y brávas, que ya se han perdido en parte; Castilla con su austeridad y la Mancha con su misera sequía; Valencia, con sus huertanos con facha de moros, todavía en zaragüelles; todo aparece en el libro de Gautier, intercalado entre magníficas descripciones de museos y de edificios que ya desaparecieron.

El libro de Schopenhauer y el de Gautier forman dos hermosos volúmenes, con el retrato de los autores en la cubierta, y se venden, como todos los libros de Sempere, al precio de una peseta.

ANUNCIOS HUMORISTICOS

¡Padres de familia! ¡Jurad, puesta la mano en el pecho, asegurarnos la vida, para bien de vuestros hijos, en *La Equitativa de los Estados Unidos, Sevilla, 13*!

Un establecimiento de muebles como el de A. Vallejo, *Alcalá, 17*, hace honor á Madrid. (Pensamiento atribuido á uno de nuestros primeros estadistas.)

Lo he dicho y lo repito: No hay licor en el mundo semejante al *Antis del Mono*; ¡Es el néctar de los dioses!

Se necesita un socio capitalista con 2 ó 3.000 duros para emprender una industria que dará grandes resultados, sin pérdida del capital. Informes, en esta Redacción.



EL MAS FINO, EL MAS SUAVE QUE SE CONOCE

Librillo con 120 hojas, 15 céntimos. De venta en todos los estancos de España. Depósito: Arcó de Santa María, 23.

CASTELAR

(Fragmentos de sus obras.)

En este libro se hallan comprendidos los mejores trabajos políticos y literarios del ilustre tribuno.

Un tomo de más de 200 páginas, con seis retratos de Castelar y artística cubierta, 3 pesetas. Para los corresponsales y suscriptores de DON QUIJOTE, 1,50 pesetas. Los pedidos se harán á esta Administración. Pagos anticipados.

CAMAS Y MUEBLES

LA GRAN BRETAÑA

Plaza de Santa Ana, núm. 1.

Sucursales: Fuencarral, 102, y Preetados, 7

VENTA A PLAZOS Y AL CONTADO

DON QUIJOTE

PERIÓDICO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCION

MADRID, un mes, 1,00 peseta; trimestre, 2,50; semestre, 5; año, 10.

PROVINCIAS, trimestre, 3 pesetas; semestre, 6; año, 12.

EXTRANJERO, año, 15 pesetas

Número suelto, 15 cts.; atrasado, 30.

A corresponsales y vendedores, 25 números, 2,50 pesetas.

Toda la correspondencia, así política como administrativa, á nombre de D. Miguel Sawa.

Imp. de A. Marzo, San Hermenegildo, 32 duplicado.